

## Discurso de ingreso a la Academia, pronunciado por el Doctor J. Mesa y Gutiérrez

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina.

Señores Académicos:

Conforme a los cánones de la nueva Psicología de la Conducta, de la que es Mc Dougall, el ilustre sucesor de James en Harvard, prominente jefe de vanguardia, ningún otro rasgo distintivo establece más clara diferencia entre nuestro modo de obrar humano y el de nuestros hermanos inferiores, que la necesidad que experimentamos de narrar y de explicar nuestras acciones. Los animales obran, casi siempre maravillosamente adaptados a las circunstancias; pero sus acciones, así las instintivas y exquisitamente complicadas en vista de un fin que ellos mismos ignoran, como también las muestras de conducta inteligente, no pocas veces elaboradas con clarividencia previa del fin apetecido, quedan unas y otras sin ser descritas ni explicadas, como no sea por el hombre que los observa. Así los animales, aún aquellos que en su vida social nos dan ejemplo de sumisión, de gerarquía, de orden, carecen de historia animal; en tanto que para nosotros la narración de lo hecho, y más aún la explicación de su por qué es parte tan integrante de la conducta humana como el suceso mismo. Y no es raro que llegue a ser la más trascendental. Hombres hay, los más conspicuos en el estudio de la vida social, para quienes el fetiche de la Historia, el fallo condenatorio probable de las generaciones venideras, mediante la explicación escrita y perdurable de sus hechos, es la suprema ley de su conducta, al menos para aquellas de sus adaptaciones más delicadas por su mayor radio de acción social. Trasunto es este de la necesidad innata que tenemos de un Juez Supremo, calificador y remunerador final de nuestros actos.

Viniendo al caso concreto de este acontecimiento actual del que somos actores y beneficiarios: la agregación de algunos sujetos más a tal grupo racial hubiera suscitado, de tener lugar entre seres no pensantes, cierto

grado de emoción, signo específico de la acción instintiva, puesto que entraba en juego el instinto de grey. Y acaso también hubiese provocado el brusco despertar de alguna otra tendencia, el instinto de repulsión, pongo por caso, de parte de quien creyese amenazada su preponderancia en el grupo por la llegada de los nuevos. Y pasada la alharaca, y reordenado el grupo según las simpatías individuales, la vida del conjunto se hubiese reanudado del mismo modo que antes. Mas teniendo lugar entre nosotros y para merecer el título de humano, este acontecimiento necesita desde luego ser explicado, y más tarde consignado en la historia del grupo, por poco significativo que parezca.

Y ahí teneis la razón íntima de esa disposición de la Academia que obliga a los agraciados por el voto de sus miembros, con un sítil entre ellos, a pronunciar un discurso de agregación.

Imerecidamente honrado por la elección de mis compañeros para ser su portavoz, dudaría de acertar en el desempeño de papel tan delicado, si no tratara en esta ocasión solemne de explicaros lo que es para nosotros la Academia, cómo comprendemos su papel social, y qué atractivo suyo nos ha vuelto deseosos de formar parte integrante de ella y gozosos de haberlo conseguido, gracias a la simpatía de sus miembros.

A nuestro modo de ver el papel esencial de esta nuestra Academia de Medicina es la unificación del pensamiento médico. Es ella, sin duda, y tal tendencia marca su nobleza, el principal factor entre nosotros de persecución del ideal de unidad de nuestra ciencia, al que con todas nuestras fuerzas aspiramos.

Sin llegar, ni de lejos, a pensar al unísono con Osler, quien llevado de hiperbólico entusiasmo, ve mayor catolicidad en la Medicina que en la Iglesia, arquetipo eterno de unidad insuperable, *urbi et orbi*, si creemos que es la ciencia nuestra la más universal de las humanas disciplinas, la que mejor sigue por todas partes los mismos métodos, es actuada por iguales ambiciones y va en pos de idénticos fines. Esta homogeneidad, no ciertamente compartida por otras profesiones, es la que hace de los médicos ciudadanos de todos los países, capaces de encontrar su medio en todas partes en donde exista otro ser humano a quien servir.

De varios títulos al respeto de las gentes se gloria nuestra Profesión. Algunos de ellos voy a recordaros: antojáanse otros tantos cuarteles de esplendoroso escudo.

Es el primero su nobilísimo abolengo. Nació la Medicina, como ciencia positiva y racional, del intelecto griego. Es título de gloria de la escuela de Cos el haber introducido en el dominio del saber humano la discriminación primaria indispensable entre la realidad observada y las ficciones de la fantasía. De entonces al presente escuelas y sistemas han florecido y desapa-

recido; las filosofías de una época han sido los absurdos de la siguiente, y las locuras de imaginación de ayer serán las realidades de la sabiduría de mañana. Pero este perpetuo hacer y deshacer, este apresurarnos a olvidar lo que por lentos siglos tuvieron nuestros antepasados que aprender, no ha sido el vano tejer y destejer de los perseguidores de Penélope. Ha sido, ha tenido que ser el modo humano de evolución creadora de conceptos nuevos, cada vez más solidos por más ajustados a la verdad.

Y si nos remontamos de los incontables experimentadores de nuestra época, herederos de Claudio Bernard, a los hombres del Renacimiento, y de ellos a los árabes y a los sabios de Alejandría y de Bizancio, hasta Galeno y Areteo, encontramos al través de todas las generaciones la filiación hipocrática, celosamente guardada, como el hilo que ensarta las cuentas de un collar, con aquel su triple aspecto seductor de tesoro imponderable: el Ideal científico, siempre analizando friamente para depurar la Verdad, quitándole toda escoria; el Ideal artístico, realizando bellas síntesis, así en el campo de las ideas como en el del trabajo de las manos, y el Ideal moral elevadísimo en aquel imperecedero documento de la virtud humana que es el juramento de Hipócrates.

Otro título del que quiero hablaros es el genio progresista de nuestra profesión. Basada en la Ciencia, ha tenido que compartir la Medicina sus fortunas y desgracias, sus épocas de marasmo letárgico y las de renovada y viril actividad. Pero a partir de la mitad segunda del siglo XIX, ninguna otra ciencia, como no sea la mecánica, ha recibido más vigoroso impulso, ni ha recorrido más rápidamente mejores etapas, ya descubriendo hasta sus fuentes más recónditas las causas de enfermedad, ya perfeccionando los métodos de profilaxis, ya exaltando la audacia y perfeccionando la destreza de los cirujanos, ya multiplicando y volviendo más penetrantes los sentidos de los médicos para aliviar al fin eficazmente el sufrimiento humano. Progreso de la Ciencia que no podría ciertamente realizarse sin el progreso personal de quienes la profesan. Ninguna otra clase de hombres necesita tanto recordar constantemente el sabio comentario de Platón, de que la educación ha de durar tanto como la vida. Los que hicimos carrera en nuestra Escuela hace 25 años, hemos tenido que rehacerla por completo para no quedarnos atrás, y aquellos a quienes contribuimos a formar hace apenas 10 años, pudieran, gracias a lo que por su cuenta han aprendido, ser ya nuestros maestros. Es conmovedor, como he tenido ocasión de apreciarlo en estos días, ver a uno de nuestros decanos más reputados solicitar la ayuda de un joven recién salido de la Facultad, para el tratamiento de un enfermo de diabetes. Y es notable el contraste entre este espíritu médico progresista y el de la profesión de Leyes, con los ojos constantemente fijos en el pasado, tendiendo siempre a cristalizar en formas definitivas, con sus procedimien-

tos y sus formulismos, sus precedentes y sus prácticas. Sin duda la explicación reside en el hecho de que la Variabilidad es la ley de la Vida, no hay dos caras iguales, ni dos órganos idénticos, ni dos individuos que reaccionen y se conduzcan del mismo modo, colocados en las condiciones anormales que conocemos como enfermedades. De modo que nuestra ciencia es ciencia de probabilidades nada más, y en esa inestabilidad, que la obliga a tener por objeto verdades provisionales, está el resorte íntimo de su genio progresista.

Y es el tercero de los que quiero mencionar, su caracter de beneficencia singular. Parece nuestra profesión tener por derecho el monopolio de los dones de Prometeo, para distribuirlos con mano generosa. Buscad en la historia de las conquistas brillantes que enorgullecen a los hombres y nada encontrareis comparable a estos tres tesoros: Anestesia, Asepsia, Salubridad, producto de medio siglo de labor, durante el cual quedaron esplendurosos para siempre nombres como los de Wells y Morton, Lister y Pasteur, Laveran y Walter Reed. Y las vetas no están por cierto agotadas: no parece haber límite próximo a las posibilidades de la Medicina científica en punto a cantidad. Y por lo que a la cualidad mira: los mejores de entre nosotros saben prodigar los bienes celestiales que administran, con la mano caritativa, el espíritu desinteresado y el corazón repleto de simpatía para los que sufren del cuerpo y del alma; para los que están adoloridos y no saben e ignoran que no saben. Así siguen las huellas de nuestro Maestro Jesús de Nazareth, quien pudo decir a los enviados del Bautista, cuando fueron a preguntarle: «Si eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro». Y respondiendo les dijo: «Id y contad a Juan lo que habeis visto: que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados, «Y tuvo a bien añadir, de su boca divina: «Y bienaventurado aquél que no se escandalizare de mí».

Mas para guardar todo este acervo, para hacer de nuestros imponderables un ható bien ligado, cuán indispensable parece la Unidad: ¿De qué medios echa mano la Academia para realizar este desideratum que le incumbe?

Dos resultan claramente de su constitución. Es el primero un mágico vocablo, breve en todos los idiomas, e inmenso por su significado. Es el «sésa: no-ábrete» de todas partes, el gran nivelador del mundo, la verdadera piedra filosofal que transmuta los bajos metales humanos en oro purísimo. Gracias a él, el ignorante se convierte en sabio, el torpe y perezoso en hábil e infatigable, y el que consigo lleva la chispa del espíritu llega a madurar en genio. Sin él todo es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. Con él se realizan los milagros de la vida: los ciegos ven con el tacto, los sordos oyen con los ojos, los mudos hablan con los dedos, y Helena Keller, sordomuda y ciega de nacimiento, llega a ser autoridad en Psicología. No sola.

mente es él el único preservativo del fracaso y la piedra de toque del progreso, sino que su calidad es la medida del éxito de cada día.

Asido de él hizo Hipócrates de la observación y de la ciencia el hilo y el torsal de nuestro Arte. Galeno de tal manera penetró su significado que dió materia para pensar a quince siglos. La «De Fabrica» de Vesalio es una encarnación de la palabra mágica. Y bajo su inspiración Harvey hubo de imprimir impulso tal a su descubrimiento de la circulación que aún hoy día lo sentimos. Armado de él, como de otra vara de Moisés, Virchow golpeó la roca e hizo brotar las aguas del progreso; en tanto que en manos de Pasteur resultó trompeta de Jericó para derribar las murallas del mundo prohibido para la medicina y la cirugía. Pero es cualidad de este poderoso talismán la de no servir tan sólo en manos de los genios, nó: es como el Dolor, como el Amor, herencia de todo hombre que viene a este mundo, y si su perfección varía con la mano que lo usa, su utilidad y trascendencia son incontestables para todos. Ese vocablo mágico es TRABAJO. El es quien da a la juventud esperanza, a la madurez confianza y a la senectud certeza de haber cumplido su deber. Oh, bendito Trabajo! Si es castigo de la naturaleza humana descoronada de su perfección original, es ciertamente fraguado por la mano paternal de un Dios que nos amó hasta el punto de hacerse hombre y trabajar con sus manos como humilde obrero.

Para nosotros que profesamos el principio de que andar con esperanza la jornada es mejor que arribar, y de que el éxito reside más en el trabajo mismo que en el logro del fin perseguido, nuestro ingreso en la Academia es un compromiso solemne de trabajo, y de ahí nuestra gran satisfacción. ¡Y qué género de trabajo más adecuado para cumplir nuestra misión venimos aquí a encontrar! Puesto que sabemos que estamos en la vida, no para sacar de ella el jugo del placer, sino para perderla, tratando de hacer las vidas de los otros más felices; puesto que nos ha tocado en suerte ver la comedia humana entre bastidores, y que a nosotros vienen cada día el padre con sus ansiedades, la madre con sus pesares escondidos, la hija con sus conflictos y el hijo con sus locuras; qué trabajo puede convenirnos más que aquel que perfecciona y multiplica nuestros medios de socorrer a los que sufren!

Y para terminar y no abusar más de vuestra benévola atención: el otro medio de unificación en busca del cual venimos y que la Academia por su naturaleza misma nos ofrece en su seno, es la solidaridad. Así como para el fomento del genio progresista de nuestra profesión es indispensable el progreso individual, así para la unificación de ideales y de métodos es imprescindible la solidaridad, que tiende a hacer de nuestro gremio verdadera hermandad.

Y ya que la hora no es tanto para la cabeza como para el corazón, de

la abundancia del cual desborda nuestra gratitud, que no encuentra suficiente ni adecuada expresión en nuestras palabras, permitidme recordar aquella bellísima aspiración profundamente sentida que pone la iglesia en boca de los fieles en su Letanías, pidiendo para todo el pueblo cristiano «paz, unidad y concordia». Por siglos enteros, brotando cada día de millares de corazones ha subido al Cielo esta plegaria, tan idóneamente humana, pues que conviene a la más apremiante de las necesidades sociales. Ninguna más desacreditada para los escépticos que se obstinan en ver el mundo gobernado tan sólo por las ásperas leyes de la lucha por la vida. Ninguna, del otro lado, más trascendental para los idealistas, que aunque tenidos por ensoñadores y segregados por ende de las actividades sociales más nobles y legítimas; aunque humillados por el perpetuo contraste entre las posibilidades justas y debidas y las actualidades insensatas e impuestas brutalmente por la fuerza, rehusamos admitir nuestra derrota, y seguimos convencidos de que la sociedad humana es al fin y al cabo, y propugnamos porque sea siempre gobernada por las imponderables leyes del Ideal.

J. MESA Y GUTIERREZ.